

Reseñas

Escuadrones de la muerte. La escuela francesa.

Marie-Monique Robin. (Traducción de Sergio Di Nucci y Pablo Rodríguez).
Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 2005. 540 pp.

EDGAR VELÁSQUEZ RIVERA
Universidad del Cauca

Esta obra, de la periodista e historiadora francesa Marie-Monique Robin, consta de dos grandes partes y, al final de cada uno de los veintitrés capítulos en que a su vez está dividida la obra, ofrece las respectivas notas bibliográficas. Abarca el tiempo comprendido entre la Segunda Guerra Mundial y la reacción de Estados Unidos ante el ataque de que fue objeto el 11 de septiembre de 2001. En materia de espacio, involucra a Europa, Asia, África y América. El libro es el resultado de un riguroso trabajo, en el cual, a partir de una creativa y equilibrada combinación de la investigación historiográfica y periodística, da cuenta de cómo Francia, en la intención de preservar a cualquier precio sus colonias, especialmente las de Indochina y Argelia, por medio de sus militares, configuró la denominada “doctrina contrasubversiva francesa”, cuya ideología y métodos de represión sirvieron de base a la Doctrina de la Seguridad Nacional (DSN), auspiciada por Estados Unidos en América Latina.

En la generalidad de las publicaciones sobre la DSN, ésta suele ser considerada como una ideología producida en Estados Unidos para hacer frente al mundo comunista, en el marco de la geopolítica de la guerra fría. En estricto sentido ello no fue así y es Robin quien echa por tierra lo que hasta ahora se había admitido como tal. Pues lo que se podría considerar como los fundamentos ideológicos, el cuerpo conceptual, los métodos y las estrategias de la DSN, se encuentran en su totalidad en el pensamiento militar francés derivado de su práctica represiva contra los movimientos de liberación nacional en sus colonias. Estados Unidos aprendió de los franceses la ideología y los procedimientos antisubversivos, por medio de los cuales actuó en Vietnam e impuso en América Latina. De las investigaciones sobre la DSN, pocas aluden a la influencia de la doctrina contrasubversiva francesa sobre ésta, y las que lo hacen, lo efectúan de manera marginal o superficial. Robin, con singular minuciosidad, muestra lo que va de lo uno a lo otro. Así que la originalidad de Estados Unidos, en estos asuntos, como en otros tantos, es nula. Esta reseña sobre la obra indicada pretende mostrar la naturaleza de la doctrina antisubversiva francesa, el modelo contrainsurgente, la forma como tal doctrina fue “exportada” a América Latina, Estados Unidos y la vigencia de algunas de sus prácticas.

La doctrina antisubversiva francesa

Los franceses, en el contexto de su política colonialista y de represión a los movimientos independentistas de sus colonias Indochina y Argelia, establecieron la mayor parte de los fundamentos ideológicos y el cuerpo conceptual de lo que más adelante en América Latina se conoció con el nombre de DSN. Fueron los primeros, después de la Segunda Guerra Mundial, en advertir que el enfrentamiento lineal o de frentes había dado lugar a una guerra donde había enemigos por todas partes, que la Unión Soviética era la potencia que insuflaba los conflictos en el exterior, configurándose de ese modo un “enemigo interno” en cada país, compuesto por los movimientos de liberación nacional y los movimientos insurreccionales encaminados a cambiar los regímenes existentes, de tal manera que no fueron los Estados Unidos quienes introdujeron ese concepto para el caso de América Latina, como generalmente se cree.

Los militares franceses identificaron, desde entonces, el rol estratégico que en su lucha contra los “subversivos comunistas” de Indochina y Argelia jugaría la iglesia católica, especialmente su tendencia integrista. Por lo anterior, aquéllos identificaron las posiciones más conservadoras y reaccionarias en el seno de la iglesia católica francesa, las convencieron de la “justa causa” en que estaban empeñados y surgió la alianza estratégica entre integrista y militares, de la cual ambos pretendían ser beneficiados. De análoga manera los militares franceses consideraron que la lucha contra el comunismo era en su esencia una lucha ideológica en la que era más importante ganar la mente de la población, más que defender posiciones en el campo de batalla y ante esa nueva situación o problema, llegaron a la conclusión de la necesidad de diseñar nuevas tácticas y técnicas. A las nuevas formas de hacer la guerra, la llamaron “guerra revolucionaria”, “guerra moderna”, “guerra subversiva” o “guerra psicológica”, cuyo problema central era el dominio o simpatía de la población.

Como parte de las nuevas tácticas y técnicas del estilo de guerra al cual debieron hacer frente, los militares franceses incorporaron la denominada brigada cívico-militar, justamente para buscar la simpatía, el afecto y el respaldo de la población, especialmente de aquella ubicada en zonas de influencia subversiva. Como complemento a la anterior estrategia, diseñaron la acción psicológica, considerando dentro de la misma de principalísima importancia la propaganda. Crearon organizaciones secretas en el exterior buscando potenciales enemigos, impulsaron las operaciones clandestinas y promovieron los asesinatos en el exterior. Alentaron las infiltraciones de las organizaciones, instituciones, empresas u organismos sospechosos de apoyar o simpatizar con la causa de los rebeldes, además para identificar a éstos. Recurrieron al narcotráfico como un mecanismo financiero, al margen de los recursos estatales, para recaudar fondos conducentes al mantenimiento de la guerra.

Establecieron los campos de concentración para la “desintoxicación y reeducación política”, diseñaron mecanismos para el encuadramiento de la población y apelaron a la “guerra sucia”. En Indochina, los militares franceses emplearon para la práctica de las torturas la picana, electricidad, practicaron las desapariciones y adoptaron como costumbre arrojar los cadáveres en sitios lejanos del lugar donde habían sido asesinadas sus víctimas. El 7 de mayo de 1954 los franceses se rindieron en Indochina tras la humillante derrota en Dien Bien Phu. En esta coyuntura los militares franceses afianzaron su percepción, según la cual, las fuerzas armadas, pero especialmente el ejército, es la única institución apta para enfrentar al comunismo. Todos los movimientos fueron vistos bajo el prisma de la amenaza comunista; la sociedad fue dividida, a partir de ese imaginario, entre buenos y malos. Desde 1954 los militares franceses fueron formados en la experiencia de Indochina.

Los militares franceses reflexionaron sobre su experiencia y produjeron un documento titulado “Enseñanza de la guerra de Indochina” para aplicarla luego en Argelia. Al considerarse como las únicas aptas para enfrentar al comunismo, las fuerzas armadas francesas a su misión de la defensa territorial anexaron las misiones políticas y policiales, pues el poder civil era “débil” y las fuerzas policiales adolecían de “contundencia”. A partir de esas nuevas responsabilidades, desde 1955 la represión en Argelia se hizo a nombre del “orden y seguridad”. En Indochina el movimiento de liberación nacional había sido de inspiración marxista-leninista y los franceses fueron vencidos. En Argelia por su parte, el movimiento fue de inspiración islámica, allí los franceses no fueron vencidos, su retiro obedeció a motivaciones políticas.

Los militares franceses ahora en Argelia, también enfrentando un proceso de liberación nacional, introdujeron nuevas prácticas para hacer frente a la “subversión comunista”. Parte de ellas fueron la operación rastillo y la técnica de la guerra psicológica de exponer cadáveres de insurgentes en sitios de concurrencia masiva, generalmente destrozados, para intimidar a la población civil. En este país africano los militares franceses practicaron mecanismos que luego se verían en organizaciones paramilitares de Colombia, entre ellas, las ejecuciones con carácter “ejemplificador”, matar a los heridos, asesinar a los rehenes en represalia por la muerte de soldados, destrucción de caseríos, degollamientos y ponerle los testículos entre la boca a los cadáveres, arrojar prisioneros al mar, las masacres como forma de castigar las poblaciones sospechosas de ser adherentes a la subversión, educar “políticamente con ejemplos”. Según los militares franceses el enemigo estaba diseminado, lo que obligaba a la limpieza de áreas, bajo el lema de que era mejor eliminar a un inocente que dejar libre a un subversivo.

En concordancia con las nuevas características identificadas por los militares franceses en las dos guerras libradas, concluyeron que quien controlara y ganara la población tenía el éxito asegurado, y ante las dificultades para su adhesión, dedujeron que el desplazamiento de la población civil era una forma de quitarle el apoyo al enemigo y por eso recurrieron a forzar los desplazamientos. Ante las críticas de sus procedimientos, incorporaron en el argot de la lucha antisubversiva eufemismos como el de “métodos de coerción” para referirse a la tortura y burlar de ese modo las convenciones de Ginebra existentes sobre el particular, así mismo crearon organizaciones clandestinas para ejecutar operaciones especiales. Los militares franceses recurrieron a pasaportes y documentos diplomáticos falsos para cumplir misiones especiales. Implementaron la estrategia de identificar a sospechosos, capturarlos e interrogarlos bajo tortura tales como golpes, inmersión en el agua, aplicación de electricidad y las ejecuciones, utilizando para ello hachas, podadoras, piquetas y sierras.

Le atribuyeron un papel esencial a las labores de inteligencia. Para los militares franceses, “...todo sospechoso es un muerto con la ejecución aplazada...” Aplicaron las ejecuciones por supuesto intento de fuga, reclamaron una legislación de excepción y por medio de ella se pretendió estar en mejores condiciones de luchar contra la subversión a partir de las siguientes estrategias: la centralización de la información, la reclu-

sión especial a los detenidos e interrogados, realización de pesquisas durante el día y la noche sin orden judicial, el control de la circulación de personas y bienes, el derecho de suspender a funcionarios, la prohibición de reuniones públicas o privadas, el uso permanente de las armas y la potestad de juzgar a civiles para acelerar los juicios. La guerra total también fue un concepto y una práctica central en la estrategia antisubversiva francesa, pues para ésta la responsabilidad de las decisiones tenía que ser única, no institucional. Como parte de la guerra psicológica distribuyeron masivamente panfletos para adoctrinar a la población, desarrollaron actividades organizativas sobre la juventud, practicaron la censura, cerraron periódicos, asesinaron periodistas, reclutaron a otros para su causa, señalaron a los políticos como responsables de la situación, incrementaron las organizaciones paramilitares aumentando con ello la degradación del conflicto y le pidieron al pueblo “comprensión hacia su ejército”.

El 7 de enero de 1957, en Argelia, el socialista ministro residente, Robert Lacoste, otorgó poderes plenos al general Jacques Massu, abdicando de ese modo el poder civil para que los militares no tuviesen restricción alguna en la represión contra la población civil. El general Massu asumió funciones del gobierno civil y de policía. Las fuerzas armadas coparon todas las instancias de poder y se convirtieron en un Estado dentro del Estado. De inmediato, todo musulmán, ante los ojos de los militares franceses, se volvió sospechoso. Las primeras medidas encaminadas a contrarrestar las fuerzas independentistas fueron entre otras, el cercamiento de las poblaciones, el control del ingreso y salida de las mismas y los arrestos masivos. En ese mismo año, tuvo lugar la tristemente célebre Batalla de Argel, por medio de la cual los franceses desataron la más feroz y encarnizada represión contra los argelinos, siendo puestas en práctica, en dicho escenario, tanto las experiencias de Indochina como sus innovaciones en materia contrainsurgente, que luego serían transmitidas a argentinos y estadounidenses y estos últimos las replicarían en Vietnam y en los países de América Latina, donde impulsaron la DSN.

La Batalla de Argel se desarrolló en dos períodos. Uno entre enero y marzo de 1957 y el otro, entre junio y octubre del mismo año. El general Massu dividió la población. Puso al frente de cada sección subalternos suyos, con quienes se reunía a diario para recibir informes e impartir orientaciones. Los militares franceses, basados en la apreciación, según la cual estaban frente a una guerra no convencional, adoptaron tácticas y estrategias igualmente no convencionales, entre ellas la guerra sucia, adelantada por el oficial Paul Aussaresses. Del conjunto de prácticas de la mencionada guerra sucia derivó el modelo de la guerra antisubversiva, o lucha contrainsurgente, conocido en la mayoría de los países de América Latina, en la segunda mitad del siglo XX. Para facilitar la práctica del terror contra quienes luchaban por su independencia, se recurrió al toque de queda en la noche, acto seguido los paramilitares procedían a las detenciones masivas, sobrevenían los interrogatorios, las torturas y, con fundamento en la información obtenida a partir de los apremios, se procedía a nuevas capturas. Se privilegió el ataque a la dirección política de la subversión, se exigió autonomía para operar, se impuso el mecanismo de las órdenes no escritas y el establecimiento de centros de detención clandestinos, obviamente sin garantía alguna para los detenidos.

El modelo contrainsurgente

Entre los principales componentes del modelo de la guerra antisubversiva, o lucha contrainsurgente, aplicado en Indochina y en Argelia por los franceses, conocido como la “doctrina antisubversiva francesa”, destacan los siguientes:

1. Los escuadrones de la muerte. Según la versión de los militares franceses, su gobierno, con asiento en París, conocía y aprobaba las ejecuciones sumarias. Los escuadrones de la muerte fueron pequeños grupos armados, conformados por miembros del estamento castrense, de diversos rangos, encargados de asesinar, bien a miembros de la subversión, a sospechosos de serlo, o simplemente a sujetos de algún tipo de prestancia para atribuirle el asesinato de los mismos a la subversión.
2. Las desapariciones. La desaparición forzada tuvo como propósito atemorizar a la población y así dominarla con mayor facilidad. La desaparición forzada fue el destino de los capturados, una vez que se les interrogó bajo tortura hasta provocarles la muerte. Cuando a los militares se les consultó por los desaparecidos, se limitaron a responder que “el desaparecido es desconocido por los servicios”, “fue arrestado y luego liberado”, “ha debido unirse a la guerrilla” o “murió cuando quería escapar”.

3. El dispositivo de protección urbana (DPU). Consistió en ponerle un número a cada casa y establecer una lista de los habitantes de la misma. Roger Trinquier fue quien desarrolló el sistema de cuadrículas urbanas, siendo llamado en Chile Plan Cuadrante. Por este medio, las ciudades fueron divididas en sectores, subsectores, manzanas, grupos de casas. Se designaron jefes armados encargados de controlar los movimientos de la población, a cada individuo se le asignó un número. Si alguien no aparecía en los registros, era detenido. Se fomentó la delación y se organizaron milicias para la autodefensa.
4. La patrulla sorpresa. En lugares de afluencia masiva de público, hacía presencia de manera violenta y sorpresiva una patrulla, detenía a numerosas personas y las trasladaba a lugares clandestinos para interrogarlas. La patrulla sorpresa tuvo dos propósitos, de un lado, atemorizar a los transeúntes por la espectacularidad de las operaciones y, de otro lado, por el mecanismo del azar se pretendió capturar a subversivos o sospechosos.
5. Las organizaciones paramilitares o de autodefensa. Los militares franceses, especialmente en Argelia, diseñaron la estrategia de las organizaciones paramilitares como política contrainsurgente, partiendo del criterio, según el cual la misma población civil debía procurarse la seguridad respecto a la subversión. Las organizaciones paramilitares fueron creadas, entrenadas y financiadas por los militares, aun cuando no hicieron parte de la estructura formal de las fuerzas armadas francesas.
6. La acción psicológica. Los militares franceses crearon la denominada V Sección para poner en práctica la "acción psicológica", catalogada por los mismos como la principal arma sobre cuyos pilares debía organizarse la guerra contrarrevolucionaria. En el marco de la acción psicológica, la V Sección adelantó cursos especiales, ediciones de revistas, historietas, folletos, volantes, campañas por alto parlante, cines móviles, emisiones radiofónicas y la publicación de comunicados firmados a nombre del enemigo.
7. La creación de campos de reeducación. En estos campos de concentración fueron adoptadas técnicas de "lavado de cerebro". Como anexo a estos campos, funcionó el Grupo de Inteligencia y Explotación, con tres áreas de acción: la organización de la población, la inteligencia y la explotación y la acción. Su propósito fue el de utilizar a los rebeldes arrepentidos para infiltrar a su antigua organización, en este caso al FLN. Promovió la sospecha, la delación y la eliminación por medio de purgas internas.
7. La tortura como arma de la lucha antisubversiva. En 1955 se reconoció la tortura como arma de guerra y fue justificada desde dos ángulos: desde la perspectiva ideológica por medio de Trinquier y desde el punto de vista religioso a través del integrismo. Los militares franceses refinaron técnicas y procedimientos de tortura para obtener información de los sospechosos, y usualmente se refirieron a la misma con eufemismos como "interrogatorios musculosos", "estrictos" u obtenidos "bajo coerción". Para los militares franceses, la tortura no representó un atropello, sino una "constructiva razón de Estado en marcha". Massu insinuó reglamentar el uso de la tortura, los medios para facilitar su práctica, los locales, los implementos y las disposiciones legales para evadir todo tipo de obstáculos. El 10 de mayo de 1958 fue inaugurado oficialmente el Centro de Entrenamiento de la Guerra Subversiva, donde las pasantías tuvieron una duración de 4 a seis semanas y parte de la formación incluyó técnicas de interrogatorio bajo tortura.
 A propósito del integrismo, es importante aclarar que el padre Georges Grasset fue el guía espiritual de la OAS creada el 11 de febrero de 1961, en París, además del representante de la Ciudad Católica, fundada en 1947 por Jean Ousset. Jean Ousset, en 1957 escribió: "La guerra que llevan adelante los comunistas no es una simple guerra de interés material, es una guerra ideológica. El aparato revolucionario es ideológico antes de ser político, político antes de ser militar". La Ciudad Católica consideró los ambientes militares como el terreno particularmente favorable a su obra. Desde la perspectiva de Jean Ousset, la ciudad ideal partía por la preeminencia de la familia, la propiedad privada, los cuerpos intermedios (comunidades locales y cuerpos profesionales), el corporativismo, la descentralización del poder y la función del Estado como agente de la unidad, el orden y la seguridad. La Ciudad Católica llegó a Buenos Aires en 1962, por medio de Georges Grasset, quien desde ese mismo año ejerció la mayor influencia sobre los militares argentinos. Jean Ousset, bajo el seudónimo de Cornelius, defendió el uso de la tortura a través de la revista *Verbe*.
8. El golpe de Estado y la guerra total fueron mecanismos para atacar al enemigo interno. En la Escuela Superior de Guerra, desde 1954, se había estudiado el rol político e ideológico del ejército. Jacques Hogard, considerado el "verdadero doctrinario de la guerra revolucionaria", al reflexionar sobre la guerra total, llegó a la conclusión, según la cual, toda la población era sospechosa, los desplazamientos forzados eran

necesarios para vaciar los espacios y las quemadas e incendios borraban sus lazos afectivos. Los militares franceses reclutaron franceses de origen norteafricano, sin formación intelectual avanzada, por su maleabilidad, para conformar los “comandos de caza”, encargados de ejecutar los incendios y forzar los desplazamientos. En visita de estadounidenses a Argelia, los militares franceses los instruyeron sobre el uso del helicóptero de combate, para apoyar con fuego a la tropa en tierra. En 1959, militares estadounidenses visitaron al coronel francés Marcel Bigeard, quien los instruyó sobre la estrategia de eliminar cuadros, y no necesariamente al grueso de la militancia. La guerra revolucionaria fue catalogada como una guerra total, permanente, integral, multiforme y universal.

La doctrina antisubversiva francesa es exportada

Según el libro de Robin, el militar argentino, Alcides López Aufranc, fue alumno en la Escuela Superior de Guerra de París, entre 1957 y 1959, siendo teniente coronel. En 1958, 60 oficiales argentinos fueron adiestrados en Francia. Luego hubo más desplazamiento de militares de la misma nacionalidad al país europeo, pero desde 1957 ya había militares franceses instalados en Buenos Aires. Desde la perspectiva de la autora de la obra, la OAS, como organización paramilitar, fue una verdadera escuela de la muerte. Dentro de ella se originaron los Comandos Delta, inspiradores de los escuadrones de la muerte en América Latina. El acuerdo francoargentino del 19 de octubre de 1964 permitió la inmigración de militares franceses a Argentina, vinculados a la Batalla de Argel y a la OAS, en un total de 150 familias. Inmediatamente después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, se registró un considerable éxodo de fascistas a Argentina con el apoyo del Vaticano, configurando de ese modo un ambiente propicio para la formación de las fuerzas armadas argentinas en el pensamiento anticomunista.

Paramilitares franceses, tanto del Comando Delta como de la OAS, fueron amnistiados, parte de ellos fueron vinculados a funciones policiales. El 22 de marzo de 1962 se produjo la amnistía a “todos los hechos cometidos en el marco de las operaciones de mantenimiento del orden dirigidas contra la insurrección argelina”, más que amnistía, se trató de una verdadera legitimación, asevera Robin. La doctrina antisubversiva francesa llegó a Argentina por medio de instructores, publicaciones, conferencias, pasantías, de la lectura obligada de las obras de Trinquier (Guerra, subversión y revolución, La guerra moderna y la guerra contra las guerrillas, La guerra moderna), de André Beaufre (Introducción a la estrategia) y de Jean Lartéguy (Los centuriones, Los mercenarios, Los pretorianos y La guerra desnuda), entre otros, así como a través de películas, como la titulada, “La Batalla de Argel”. En octubre de 1961 se organizó en Buenos Aires el “Primer Curso Interamericano de Guerra Contrarrevolucionaria” y allí se reunieron 37 oficiales provenientes de 14 países (Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, Estados Unidos, Guatemala, Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela). En la investigación para su libro, Robin entrevistó a los generales argentinos Reynaldo Benito Bignone, Ramón Díaz Bessone, Adel Edgardo Vilas y Albano Harguindeguy, quienes reconocieron la influencia francesa.

Mientras los franceses hablaban de “guerra antisubversiva” o “contrarrevolucionaria”, Estados Unidos prefirió la expresión “guerra contrainsurgente”. Robert McNamara, secretario de Defensa, durante la presidencia de John F. Kennedy, solicitó al ministro de las fuerzas armadas francesas, Pierre Messmer, instrucción sobre la doctrina antisubversiva francesa, para formar las unidades, antes de enviarlas a Vietnam. Fue así como Messmer estuvo en el Centro de las Fuerzas Especiales, en Fort Bragg, Carolina del Norte, entre 1961 y 1963, y luego envió como instructor a Aussaresses, quien hizo conocer las obras de Trinquier.

El coronel francés Charles Lacheroy estuvo en Estados Unidos en 1955, en el Psychological Warfare Center, donde ofreció conferencias sobre guerra psicológica a 150 oficiales extranjeros. Otro medio por el cual Estados Unidos copió la doctrina contrasubversiva francesa fue a través de académicos estadounidenses, quienes viajaron a Argelia a conocer la situación, luego regresaron como conferencistas militares, uno de esos casos fue el de Bernard Fall. Las agregadurías militares, la presencia de excombatientes en Indochina y Argelia, en escuelas militares estadounidenses y la traducción al inglés de las obras de Trinquier, fueron otros mecanismos por los cuales se “exportó” la doctrina contrasubversiva francesa a Estados Unidos. Según militares estadounidenses, la Operación Fénix ejecutada en Vietnam, en 1967, fue una copia de la Batalla de Argel. Los jefes de la Operación Fénix impusieron cuotas de “neutralizaciones” a sus subalternos, consistentes en fijar un mínimo de bajas diarias.

Robin considera que Kennedy tomó entera la “doctrina antisubversiva francesa”. A partir de la revolución cubana y de su alineación con la Unión Soviética, la estrategia de defensa estadounidense se apoyó a partir de allí en una verdadera división del trabajo. Estados Unidos asumió la disuasión nuclear, mientras los países satélites se encargaron, con ayuda estadounidense, de luchar contra la guerra revolucionaria en el interior de sus fronteras. Para alcanzar lo anterior, Estados Unidos modernizó y creó instituciones dedicadas a adiestrar a militares latinoamericanos en la “guerra contrainsurgente”. Entre las escuelas militares estadounidenses pueden mencionarse:

Fort Bragg, Carolina del Norte (guerra psicológica y fuerzas especiales).

Fort Benning, Georgia (infantería y ranger).

Fort Gordon, Georgia (asuntos civiles y gobierno militar).

Fort Leavenworth, Kansas (colegio de altos grados y de estado mayor).

Fort Belvoir, Virginia.

Colegio Interamericano de Defensa, Washington (dirección industrial y financiera, comercio, agricultura, energía y comunicaciones). “Los entrenamos para que dirijan un gobierno con eficiencia”, comenta el almirante Gene LaRocque, director del colegio de 1969 a 1972, quien agrega: “Aunque pueda parecer malsano que formemos cuadros de los futuros gobiernos militares en todo el mundo, no obstante es lo que hacemos, en cierto modo. Cuando los oficiales latinoamericanos tienen un problema que resolver, se dirigen al Pentágono. El almirante de aquí conoce al almirante de América Latina”.

Fort Gulick, o Escuela de las Américas, Panamá (operaciones comando, guerra psicológica, técnicas contrasubversiva y técnicas de interrogatorio). La Escuela de las Américas, en 1961, organizó un primer curso de lucha contrainsurgente, que sería luego su especialidad. Organizó sus propios manuales titulados: “El tratamiento de las fuentes”, “Interrogatorio”, “La contrainteligencia”, “La guerra revolucionaria, guerrillas e ideología comunista”, “Terrorismo y guerrilla urbana”, cuyos contenidos son idénticos a los de Trinquier, expresados en *La guerra moderna*.

Según las estadísticas elaboradas por la dirección de la Escuela de las Américas, en 1994, cerca de 60.000 oficiales latinoamericanos siguieron sus cursos desde su creación en 1946. 8.679 colombianos. 4.049 bolivianos. 2.405 chilenos. 4.693 nicaragüenses. 3.691 hondureños. 1.676 guatemaltecos. 355 brasileños (tuvieron su propia escuela en Manaos, desde 1964, llamada Centro de Instrucción de Guerra en la Selva). 931 argentinos (precoz enseñanza de los franceses). 2.376 costarricenses. 2.330 dominicanos. 2.356 ecuatorianos. 59 haitianos. 579 mexicanos. 4.235 panameños. 1.084 paraguayos. 3.997 peruanos. 931 uruguayos. 3.250 venezolanos.

Robin afirma que la mayoría de los oficiales golpistas en Chile estudiaron en Estados Unidos y que Aussaresses estuvo varias veces en Chile, la primera en 1976. Según el coronel Carlos Castro Sauritain, quien participó activamente en el golpe de Estado en Chile, como jefe del Estado Mayor de la Cuarta Brigada Aérea, Brasil envió instructores para técnicas de interrogatorio. Según la autora de la obra, objeto de la presente reseña, Pinochet, en 1988, a manera de balance, le manifestó a un periodista: “Dejamos a Estados Unidos un Chile libre del comunismo, del socialismo y de la Unión Soviética, sin que tuviera que gastar un solo dólar, una sola bala ni la vida de un solo hombre”.

En entrevista concedida a la autora francesa, el militar chileno Manuel Contreras Sepúlveda, formado en Estados Unidos, fundador y director de la DINA, le expresó que el Ejército de Chile era admirador de la OAS y de los Comandos Delta. De igual modo le informó que en la Academia de Guerra estudiaron la guerra de Indochina y que la DINA se fundó con la asistencia de la CIA, a través de 8 instructores que permanecieron en Santiago, entre abril y agosto de 1974. El cúmulo de información recopilada por Robin y los análisis sobre la misma la inducen a afirmar que la DINA aplicó similares métodos que los aplicados por los militares franceses en Argelia, que la DINA colaboró con la Triple A y la Operación Colombo.

Concluye su asombrosa obra argumentando que en Argentina los reglamentos militares para luchar contra la subversión tuvieron influencia francesa y no estadounidense y que la Operación Cóndor fue apoyada por Estados Unidos y por los organismos de seguridad francesa como la DST y la DGSE. Argentina reexportó la doctrina contrasubversiva francesa a Bolivia, Nicaragua, Honduras y El Salvador, y algunas de las prácticas de la doctrina antisubversiva francesa, según Robin, se implementaron en las guerras de Ruanda, Irlanda, Bosnia, Chechenia (le faltó mencionar a Colombia) y sobre los prisioneros iraquíes en Guantána-

mo, acusados de pertenecer a Al Qaeda, poniendo en vigencia ese tipo de aporte, proveniente del país de los derechos del hombre.

La invención de Tarapacá.

Estado y desarrollo regional en Chile.

Juan Podestá Arzubiaga

Ediciones Campvs. Universidad Arturo Prat. Iquique, 2004. 341 pp.

MARCOS CALLE RECABARREN
Universidad de Concepción

El marco teórico desarrollado por el autor plantea que el Estado ha aplicado diversas estrategias y trabajado numerosas políticas para integrar esta zona a la soberanía nacional. El proceso aún está en marcha y ello nos permite decir que la invención de la región representa un proyecto inconcluso.

El devenir económico e histórico de Tarapacá tiene un perfil específico y distinto a otros lugares del país. En Tarapacá no hay, hasta la fecha, una explicación global y coherente de su devenir histórico, desde el inicio de la Guerra del Pacífico hasta nuestros días.

En Tarapacá la línea de investigación sobre las relaciones entre la región y el Estado y de cómo éste la inventó, es todavía incipiente. Chile es una nación construida desde el Estado y el centro político y, en consecuencia, las ciencias sociales también están erigidas bajo la lógica de arriba hacia abajo o del centro a la periferia.

Como lo recalca Podestá, la realidad de los habitantes tarapaqueños está marcada por ciclos alternativos de esplendor productivo y de horizontes sin expectativas. Hay una necesidad de conocer la forma en que opera el Estado en la zona y la manera en que responde la sociedad civil regional, no sólo por sus implicancias para la propia sociedad local sino también para el país.

Los aspectos centrales de la metodología usada en esta investigación es su carácter sociológico e histórico descriptivo, que procura explicar fenómenos sociales y políticos ocurridos en la región. La temática se circunscribe a la historia y economía regionales y su análisis se dirige a lo político, social y cultural. Asimismo, es una investigación cualitativa, en que la mirada se orienta desde la región hacia el exterior, vale decir, trata de entender un país centralizado, verticalista y autoritario desde su margen. El énfasis radica en analizar el centro desde la periferia.

En materia de fuentes, utilizó archivos periodísticos como *El Tarapacá*, *El Pampino*, *El Nortino*, *La Estrella*, de Iquique. *La Concordia*, *La Gaceta* y *La Estrella* de Arica.

Entre las fuentes documentales, consultó los archivos y registros de los ministerios de Defensa, Hacienda y Planificación; los censos del Instituto Nacional de Estadísticas (INE); documentación de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO), del Centro de Investigación de la Realidad del Norte (CREAR), Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y del Centro de Documentación para América Latina (CEDLA). Las fuentes impresas usadas fueron; libros, folletos, revistas y memorias.

Mención aparte para las fuentes orales, provenientes de tres *focus group* (20 participantes dirigentes políticos de amplio espectro, líderes empresariales, dirigentes sociales y funcionarios gubernamentales). Las entrevistas fueron validadas por el autor.

Atinadamente, caracteriza el período 1879-1950, que marca un primer ciclo demográfico en el que Iquique se convierte en el principal centro regional y, con el auge salitrero, alcanzó los 40.000 habitantes. La dinámica histórica de ésta etapa posee componentes centrados en los ejes de la conquista militar y la colonización económica, hechos que serán determinantes para el posterior desarrollo de la zona. Hasta 1930 estamos hablando de un período no sólo de operaciones militares y culturales, sino también de un territorio en disputa diplomática y en pleno proceso de poblamiento. A mediados del siglo XX, el Estado chileno aplicó planes y programas que enfatizaban la dimensión cultural del desarrollo, en particular la acción educacional y religiosa. Después de 1950 recién el Estado chileno inició, formal y explícitamente, una estrategia determinante para el posterior desarrollo de la zona.

Por otra parte, el planteamiento del problema, radica en el análisis de la relación entre el Estado chileno y la región de Tarapacá. Provee un marco histórico, en el cual los antecedentes proporcionados consideran